

Turcos estan aun en la servidumbre como el primer día, y si algunos sacudieron el yugo, fué solo arrojando del país á los vencedores. Persia se volvió un caos por el aumento de tantas castas diversas. En la antigua Roma seguimos con gusto los pasos de la plebe, que arrebató á los patricios la comunicacion de los privilegios; pero allí habia desde el principio dos naciones de equilibradas fuerzas que ya desde los primeros reyes habian reclamado y obtenido derechos, pudiendo esto graduarse como una prolongacion de la guerra de conquista, en la que las familias plebeyas que tenian riqueza y categoria entre los vencidos, pretendian franquicias políticas.

Tambien nuestros Comunes pretendian una existencia civil y humana, queriendo poder vivir como hombres, ser libres en sus actos inocentes, y presentarse en la sociedad á tomar parte en la confeccion de las leyes que les eran concernientes.

Entónces cesaron los propietarios territoriales de constituir por sí solos la nacion, y la sociedad civil se encontró compuesta de mayor número de elementos. Los feudatarios tendian á conservar sus privilegios, es decir, la desenfrenada opresion de sus súbditos. Sobre ellos el rey dirigia su vista á formarse una existencia distinta, como era distinto su origen. Bajo de ellos y á su lado se encontraban los Comunes, procurando emanciparse de aquellos mediante el apoyo de este; así como el clero se confundia en aquel orden material, del cual tanto se hizo para separarles. La accion reciproca de estas fuerzas es la historia de aquellos siglos, y todas las luchas procedian del rey y de los Comunes, que querian recobrar fracciones de territorio de los vasallos ó feudatarios, exceptuando la gran guerra de las Cruzadas, donde el clero reclamó la seguridad y la extension de la nueva civilizacion creada bajo sus auspicios.

El renacimiento del derecho romano vino á conciliar esta gran obra, no porque presentase preceptos y ejemplos de libertad, pues al contrario, consolidaba la tiranía, sino porque el atrevido servilismo de los legistas, que no tomaba en cuenta los nuevos elementos adquiridos por la conquista, humillaba los castillos feudales, elevando las régias prerogativas, y de este modo destruía las barreras que existian entre el pueblo que obedece, y el rey que hace las leyes y administra justicia. Uno de los hechos notables de aquel tiempo es la importancia que adquirieron los hombres entendidos en las leyes; ellos y no las armas decidian en Roncaglia del derecho, en Lyon discutian las prerogativas del imperio y de la tiara, y ocupaban su asiento en los juicios, en vez del baron armado, llevando así la justicia á manos de la plebe.

De esta lucha de la libertad contra el despotismo nacen las constituciones, que son otro de los caracteres de aquel tiempo, con las que los

gobiernos van sustituyendo el poder público á la voluntad particular, y los pueblos la resistencia legal á la personal. Y ya aquí se ofrecen extensas formas de libertad y de franquicias. Los Comunes en Francia son reconocidos por cartas reales; en Inglaterra en tiempo de Juan Sin Tierra obtienen el derecho de elegir los aldermanes; en España tienen sus *fueros*, y los corregidores y alcaldes se hallan investidos de la jurisdiccion; en Italia se mudan en repúblicas; en Alemania Federico I los hace instrumentos del aumento del poder regio; pero á Federico II le parecen sospechosos y trata de reprimirlos. En varios países se ven diferentes Estados que se fijan en su propia existencia y toman asiento en las asambleas; en Languedoc subsistian desde tiempos antiguos; Luis IX las extiende por Francia, y muy pronto Felipe el Hermoso (1302) reúne todos los representantes de los Comunes en sus provincias. En Inglaterra la Carta Magna asegura los derechos de la nacion representada por el clero y la nobleza, despues en el reinado de Enrique III (1264) comparecen los diputados de los Comunes, y en el de Eduardo I (1295) se hace indispensable su voto para la imposicion de tributos. Federico II llama en Sicilia (1231) los diputados de las ciudades á las asambleas de los barones. En Germania, en tiempo de Adolfo de Nassau (1293), los diputados de las ciudades inmediatas entran en la dieta de los obispos y los nobles, y en España los Comunes toman parte en las córtes de Aragon (1130) y de Castilla (1169). El emperador era la llave de la bóveda del sistema feudal, y los papas que le crearon velaban por que no violase los pactos que juró, ni que volviese hereditaria una dignidad de mérito y confianza, atribuyendo á la casualidad del nacimiento lo que solo era propio del mérito personal. Las tres razas franca, sajona y suava habian dado sucesivamente emperadores. Los primeros de cada una de ellas fueron grandes guerreros y enérgicos soberanos; los últimos se inclinaron mas á la civilizacion y procuraron abusar de la fuerza. Oton y Enrique I se manifestaron héroes; pero los dos últimos Otones se enlazaron con los Griegos y pensaron trasladar la sede á Roma. Conrado Sáfico y Enrique III son los reyes mas poderosos y afortunados de Alemania; pero sus sucesores degeneran y debilitan sus fuerzas en la lucha con los papas. Federico I, excelente general y de una voluntad irrevocable, restaura la dignidad imperial; pero Federico II, el rey mas justo de la edad média, lleva al precipicio su propia casa y el imperio. Este se recobra despues con Rodolfo y Maximiliano; pero bajo un aspecto muy diferente, porque ya no se trata mas que del engrandecimiento de la familia. Los soberanos precedentes todos habian procurado aumentar el poder cesáreo, si bien por medios diversos: los Sajones, dominando los nuevos Bárbaros que les amenazaban, gobernaron magnánimamente el imperio; los

Franceses aspiraron á hacerlo hereditario, quitando los derechos particulares de las naciones, incorporando los grandes ducados á los dominios de la corona, y queriendo convertir en feudales las dignidades eclesiásticas, de donde resultaron las guerras de las investiduras. Los de Suabia creyeron consolidarse llegando á ser soberanos de Italia; pero la cuestion con los papas cambia entónces de carácter, y de ella depende la independencia ó la servidumbre de Italia. La adquisicion de Sicilia en vez de asegurar aquella potencia, hace que la teman, y los pueblos se alegran cuando el infeliz vástago de los Hohenstaufen perece en el patíbulo que le erigió la ávida ambicion.

Roma era todavía el gran centro del movimiento, y á ella se remitian todos los intereses políticos de las naciones y los morales de la humanidad. La Iglesia se hallaba envuelta en una doble lucha. La era preciso romper los lazos con que los feudatarios la querian sujetar, y para ello tenia por auxiliares los reyes; pero como estos trataron despues de convertir su influencia en superioridad y someterla al capricho y á sus intentos políticos, tuvo tambien que combatirlos para conseguir su emancipacion. Los mejores jefes del imperio desde Carló Magno hasta Rodolfo de Habsburgo intentaron poner en armonía la Iglesia con el gobierno exterior, pero los medios de que se valieron no fueron siempre justos ni siempre oportunos. La guerra entre el cetro y el báculo pastoral consumia por espacio de siglo y medio las fuerzas que pudieran haberse empleado en el progreso de la sociedad; pero era inevitable el conflicto entre la materia y el espíritu. Además, la exageracion acostumbrada en los litigios y que hacia sobrepujar una parte á otra, acaloraba la lucha, mayormente cuando aun no se conocia la division entre la libertad política y la libertad religiosa, y esta en su vaga inmensidad abrazaba todos los derechos, todas las esperanzas y el porvenir del hombre. ¿Quién hubiera podido decidir entre el jefe de la Iglesia, órgano de la república católica, y el jefe de los reyes, patrono de la Cristiandad? La necia transaccion que eligieron, suspendió la guerra, pero á despecho de ambas partes, que perdieron la benéfica eficacia que ejercian sobre la civilizacion del mundo que hasta entónces caminaba asegurada; sin embargo en aquella contienda maduraron frutos que de otro modo habrian desaparecido, y se aclaró la idea del Estado del modo que hoy se comprende.

Pero Roma, favoreciendo á la Francia, quitó á los emperadores la unidad europea, y esta nacion les arrebató la espada que aquellos habian desenvainado contra los intereses de la Inglaterra. Conociendo San Luis cuánto contribuiría al engrandecimiento de la Francia su union con el papa, consintió que su hermano Carlos se casase con la heredera de Provenza, contra la voluntad de Federico II, que estaba excomulgado, y aceptó la corona del reprobado Manfredo. Desde en-

tónces se declaró la Francia por la emancipacion de los pueblos en la forma que en aquellos tiempos se entendia, esto es, libertad del sacerdocio é independencia de los pontífices.

Y nosotros siempre nos hemos complacido en demostrar cómo de los padecimientos resultan las mejoras, así como de los esfuerzos de la tiranía el triunfo de la libertad. Los Germanos, para asegurar la tumultuosa independencia exterior, eligen jefes que llegan á ser reyes y tiranos, los cuales para sujetar á los libres juntan á su rededor los que les eran fieles, á fin de tenerlos obedientes á su voluntad; pero estos mismos se convirtieron en obstáculos que contrarrestaron su omnipotencia. Para mantener las régias prerogativas y proteger al pueblo contra los abusos de los condes, se disputan por las provincias mensajeros señoriales, quienes usurpando parte del poder regio, se hacen hereditarios é independientes. El feudalismo, que desmenuzaba el dominio, como ahora se desmenuza la propiedad, es la lucha en que siempre y por todas partes se encuentran los hombres que quieren vivir con su propio trabajo con los que desean existir á costa del de los otros; pero en aquel siglo no se puede ya usurpar el dinero de los artesanos, porque están unidos en maestranzas y conocen las ventajas de la union, así como aquellos estudian los empréstitos y los otros medios de lucrar que proporciona la ciencia económica. Los libres, para dispensarse de servir en el ejército nacional y comparecer en las asambleas, se constituyen vasallos, se encuentran envueltos en todas las cuestiones privadas de su señor, son llamados á las córtes y sujetos á su voluntad. Los señores, para eximirse de la responsabilidad en los juicios, dejan á los pares el derecho de fallarlos, y estos llegan á ser un contrapeso á su poder; rehusan someterse al soberano, cuando no se halla asistido de los otros barones, lo cual introduce las apelaciones, que tanto amenugan su influencia en la justicia. El clero propaga los tribunales estables, y protege el saber y el exámen de los derechos, y aquellos y estos reducen á su debida medida la exuberante autoridad del clero, apenas deja de estar en armonía con las necesidades de la sociedad. Los reyes, para poder imponer mayores cargas, convocan á los Comunes, y con ello crean un tercer Estado que temple en su mano el rigor del cetro é introduce las constituciones. Así germina el bien de aquella raíz, de donde solo se esperaban males; así las naciones mejoran con los padecimientos del individuo.

Cuando observamos con insultante desprecio aquellos siglos que nos encontraron esclavos y nos dejaron hombres, ¿no nos parecemos á una persona que se olvida de su familia y de sus primeras años? Ahora encontramos aquellos recuerdos sin echarlos de ménos, porque lo pasado cumplió ya su destino, y el porvenir debe crecer por él, no ya con él; no podemos dejar de admirar siglos de tanta vida, como-



vidos por la voz sonante de Pedro al Ermitaño y de Bernardo, por la armoniosa de los trovadores y Sicilianos, por la atrevida de Abelardo y de los patarinos y por la grave de Anselmo de Suger y de Tomas; siglos en los cuales se pueden enaltecer las empresas de Barbaroja, de Ricardo, de Felipe Augusto, de Saladino, y bendecir las de Francisco de Asis, de Isabel y de San Luis; siglos en que hallamos un Descartes y un Malebranche en San Buenaventura; un Bacon en el fraile de su mismo nombre; un Hume en Juan de Salisbury; un Montesquieu en Egidio Colonna; siglos en que se vieron grandes hombres, como Inocencio III, Gregorio IX y otros pontífices; Felipe Augusto y Felipe el Hermoso en Francia, Fernando III y Alfonso X en España, los Federicos en Germania, Becket en Inglaterra, y por todas partes la fuerza popular, que mas grande que los héroes, destruye y vuelve á crear, rompe las cadenas y fabrica las constituciones. Entónces aparecen las Cruzadas, la caballería, la arquitectura, las lenguas y las letras, todo bajo de un aspecto nuevo; de aquí principia la verdadera historia de las artes y de las literaturas modernas, y la civilizacion se transforma verdaderamente pasando del mundo antiguo al nuestro.

La Inglaterra ha fijado su constitucion, la cual no tendrá ya mas que desarrollarse: Noruega, Dinamarca, Suecia, Polonia, Hungría, Estonia y Prusia, abandonando el paganismo, se someten á ideas de pública justicia y al arbitraje de un poder desarmado; Armenia, Bulgaria y Servia se unen á la Iglesia Latina, y el cisma se arregla por un momento; la batalla de los llanos de Tolosa debilita para siempre á los Moros en España, donde la lucha entre Cruzados y mahometanos será prolongada, pero ya no incierta, y dejará á los reinos españoles la gloria, no de reyes fabulosos, sino de los esfuerzos de gente ocupada en obtener y asegurar su independencia. La Francia, ó por medio de la escuela de Paris, ó bien por su idioma ó por sus expediciones, se pone á la cabeza del progreso; tanto allí como en Inglaterra, la unidad moral puede madurar y producir la unidad política que en España, en Italia y en Alemania quedó atrasada por otras circunstancias, las cuales sin embargo no les impedirán llegar á los tiempos del heroísmo y de la grandeza nacional. En Italia principalmente está multiplicada la vida bajo la inmensa variedad de sus formas, con una democracia toda movimiento y emulacion, que solo abre el camino de los honores á la sabiduría y á la actividad; con una aristocracia que dirige todas las fuerzas sociales á su propio beneficio, con pequeños señores batalladores, llenos de valor; con córtes reducidas pero elegantes y voluptuosas que acarician las artes y el saber.

Esta portentosa actividad, no ménos se manifiesta en las concepciones del espíritu que en las obras; jamas se emprendieron tantas construcciones como entónces, y las bellas artes

adquirían nuevas fuerzas casi á un mismo tiempo en Toscana, donde Cimabue, Guido de Siena, Giunta de Pisa con sus pinturas, Nicolas y Juan de Pisa con la escultura, y Andres de Pisa con los bronceos, hermoseaban los edificios erigidos por Bono y Arnolfo. Y si en algun tiempo han sido las artes el espejo de las costumbres y de las ideas, jamas se reflejaron mejor en ellas que entónces, revelándonos el continente amenazador de los grandes, las ambiciones de los Comunes, la opulencia de los ciudadanos, cultos, enriquecidos y libres, y la laboriosa fe de los devotos.

Dos literaturas aparecen en esta época, la antigua y la nueva; la una referente á las formas, la otra á los pensamientos. La lengua latina se emplea todavía generalmente en los escritos serios, en la enseñanza, y casi siempre en la historia; sin embargo, á principios del siglo XIV, siete idiomas europeos tienen literatura nacional: el italiano es mas pulido; el provenzal marchita sus precoces flores ántes de llegar á madurez sus frutos; el español y el portugues repiten sus canciones nacionales, y escriben los estatutos; el frances se aumenta con la belleza del romance y de las lenguas teutónicas; el inglés ya habia servido á los cantos del proscripto y á las leyes del conquistador; en aleman se celebran los héroes antiguos, se escriben los códigos de los Sajones y de los Suabos, y muy pronto el místico Juan Tauler (1361), dominico de Estrasburgo, dará á la prosa la direccion en que despues la aseguró Lutero.

Así como hoy todas las ideas se traducen en política, y se aplican á los fecundos problemas sociales, así en aquel tiempo la teología era la forma general del pensamiento. Una literatura clerical, pesada, pero poderosa, defectuosa en el arte, pero rica de paciencia y de fe, ha educado al mundo en el arte del raciocinio. De los claustros, su único refugio en otro tiempo contra las tropelias del Bárbaro, pudo salir la literatura y pedir favorable acogida en el castillo del baron y en las fiestas del pueblo, de donde procede aquel álito religioso que casi siempre respira, y la imaginacion acariciada por la poesía, y no contenta con sus antiguos límites, busca nuevos lenguajes y alterna entre cuatro mitologías, la caballeresca, la alegórica, la oriental y la cristiana. Paganos son en realidad los *Niebelungen*: en el Cid, la religion es, como para los Griegos modernos, mas bien un símbolo nacional que un sentimiento; el héroe va á Roma, y en medio de San Pedro desenvaina su espada para intimidar al pontífice, y no vacila en aliarse con los reyes moros. Domina en los romances á su vez la caballería, nacida de la union del Cristianismo con los afectos terrenos, pero elevados y purificados, y se insinúa hasta con milagros y con falsos evangelios, iluminándolo todo con los colores de su propia luz, y llegando hasta consagrar la fuerza por medio del sentimiento, y el sentimiento por medio de la fuerza.

Tradiciones por mucho tiempo cubiertas como la semilla bajo de la tierra, brotaban por todas partes en las fantasías místicas del claustro, en las creaciones ideales de amor y de fuerza, en las leyendas populares y en la poesía caballeresca. Cuerdas no conocidas hasta este tiempo vibraban por todos lados, no como reminiscencias, sino con acentos graves del corazón, con sentimientos heróicos y elevaciones hácia el Cielo. Tambien eran originales los trovadores y los minnensingers, si bien cuando celebraban los héroes antiguos los vestían de trajes y sentimientos modernos; originales eran asimismo la sátira, el drama y el misterio, porque jamas pensaron que el mérito de una obra consistiese en estar calcada sobre las de los antiguos. Se oía la nueva literatura bajo los naranjos de la Provenza, acompañando sus suspiros el laud de los trovadores, y resonaba entre las intactas encinas de la Suabia. Graciosos genios, benignas hadas y terribles gigantes poblaban los valles, los rios y los castillos, y armas encantadas y anillos mágicos llenan las leyendas seglares, mientras que las del claustro se mantienen de milagros, y cada país tiene su héroe, su Santo y su poeta. La España se celebra á sí misma en el Cid; la Bretaña en el rey Arturo; la Francia en Carlo Magno, á quien con gran error atribuye las Cruzadas; Gualtero de Vogelweide canta las damas y los amores que el Petrarca cubrirá luego con un velo candidísimo; Perceval y Tristan hacen suspirar en Inglaterra, y muy pronto Dante elevará un magnífico edificio, en el que pondrán mano el cielo y la tierra.

Algunas de estas literaturas empiezan á ejercer alguna influencia sobre las de las otras naciones: las leyendas árabes inspiran el *romancero*; al serventesio del trovador hacen eco las rimas sicilianas; la Francia, colocada en el centro, recibe de España y Bretaña, y trasmite á todo Europa las novelas, los romances y las leyendas épicas caballerescas. El amor, que es el sentimiento predominante, cambia su traje como los pueblos, pero sin evitar la monotonía que siempre supera á la riqueza de los pensamientos. Es sin embargo notable que en las creaciones de aquel tiempo no aparezca nunca, ó muy rara vez, lo fiero y lo trágico de que la historia y el romance se revisten tan á menudo en las aventuras de aquellos siglos.

Todas estas nuevas literaturas, ajenas de la imitacion de los clásicos, manifiestan fuerza y fecundidad de imaginacion, energía y delicadeza de sentimientos, y se abandonan á las impre-

siones, á las costumbres, á los hábitos, á las preocupaciones contemporáneas, y al carácter nacional y propio; pero en vano se buscará allí la exacta precision de las ideas; en vano la correccion del gusto que evita á la vez la baja y los extravíos; en vano lo exquisito de la poesía clásica, ó el arte de dirigirse con constante intencion al fin propuesto. Pero aquí como en todo, se ve la falta de complemento: aquí como en todo, hay bellas concepciones, tal vez grandiosas, pero no acabadas. Así la arquitectura gótica jamas llegó entre ellos á toda su perfeccion, ni la filosofía cristiana á su último desarrollo, como tampoco se vió la caballería en su belleza poética, ni se llevó á cabo la exacta division de los dos poderes y la unidad católica.

Pero un soplo de libertad se abre camino por todas partes, y las artes, la industria y las repúblicas nacen en Italia y en Flándes; da valor guerrero y heroísmo de independencia á Inglaterra, Escocia, España y Francia; reprime la guerra privada; se quitan ó limitan las jurisdicciones feudales, se establecen gremios de artesanos y menestrales. Todas las clases mejoran; la existencia llegó á ser mas cómoda, mas honrosa y moral; el clero tiene doctrina, la nobleza honor caballeresco, el vulgo franquicias é industria; el pensamiento toma un vuelo independiente, se vulgariza la Biblia, se interpretan las alegorías, se ataca la escolástica que presta armas á las mas atrevidas cuestiones, hasta impugnar la autoridad del papa y la divinidad de los Sacramentos; la poesía arroja tambien sus flechas contra las personas y cosas sagradas; la pintura se separa de aquellos tipos inmutables para adaptarse á variedad de expresiones; la arquitectura levanta sus vértices sobre las humildes habitaciones del hombre y las reguladas líneas de los antiguos; la alquimia y la astrología rompen los límites del mundo visible para buscar fuerzas ocultas, interrogar las estrellas, y desafiar á la muerte.

De aquí se deduce, que nos aproximamos á tiempos nuevos, y que se necesitan tres descubrimientos que aseguren los progresos de la civilizacion, de las invasiones de nuevos Bárbaros, y les ofrezcan los medios de propagarse, á fin de que lo que ántes era la familia, luego la tribu, despues el dominio de los señores, y por último la hermandad de los Comunes, llegue á ser primero la unidad nacional, y despues la civilizacion de Europa y del mundo.